

MOHAMED CHUKRI

LA SEDUCCIÓN DEL MIRLO BLANCO:

TEXTOS SOBRE MI EXPERIENCIA
CON LA LECTURA Y LA ESCRITURA

PRÓLOGO
MUHYDIN LAZIKANI

TRADUCCIÓN DEL ÁRABE
MALIKA EMBAREK LÓPEZ
ANA MARÍA DEBBANE SABBAGH

CABARET VOLTAIRE

2020

PRIMERA EDICIÓN *enero 2020*
TÍTULO ORIGINAL *Gawayat al-shubrur al-abyad:*
nusus tachribati maa al-qiraa wa al-kiitaba

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©herederos de Mohamed Chukri
©del prólogo, 1997 Muhyidin Lazikani
©de la traducción, 2020 Malika Embarek López
y Ana María Debbane Sabbagh
©de esta edición, 2020 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: DNF
ISBN-13: 978-84-949414-9-8
DEPÓSITO LEGAL: M-1259-2020
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.»

FOTOGRAFÍA

Cubierta: Mohamed Chukri, 1987
©Harry Gruyaert/Magnum Photos/Contacto

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

EL MIRLO Y SUS PRINCIPALES SEDUCCIONES¹

A principios de los años sesenta, cuando Mohamed Chukri inició su paseo por la escritura, solo aspiraba a lograr cierta fama local en el norte de Marruecos. En este nuevo libro, no se avergüenza de esa etapa, más bien se burla de ella con indulgencia, recordando cómo después de todos aquellos años consiguió ganarse el título de «escritor marroquí». Y posaba en una foto para su primer artículo, a la manera del gran poeta egipcio Ahmad Shawqi, con la mano en la mejilla y la mirada perdida en el sueño de convertirse en un autor conocido en su ciudad, y que la gente se levantase a saludarlo con respeto, tal como vio que hacían en un café de Tetuán ante el escritor marroquí Mohamed Sabbag.

Chukri ha superado ese sueño. Se ha vuelto famoso en todo el mundo árabe, y sus obras han sido

¹ Criterios de traducción: se han suprimido las referencias del autor estrictamente relacionadas con cuestiones gramaticales de la lengua árabe. En cuanto a los títulos de las obras, si estas no están publicadas en español se conservan en su lengua (y, si es en árabe, se transliteran) y se traducen entre corchetes. Respecto de las citas, a menos que se indique expresamente, las hemos traducido nosotras. (N. de las T.)

traducidas a la mayoría de las lenguas vivas. Sin embargo, no se ha rendido al éxito y a lo que este conlleva de parálisis y bloqueo de la creatividad. No se ha dormido en los laureles, como sucede con la mayoría de las celebridades de la literatura árabe. Por el contrario, ha seguido forjando su propio camino, desde el analfabetismo a la universalidad, con una perseverancia y tesón que solo hallamos en los grandes creadores. Ha conseguido que cada una de sus obras tenga un aroma diferente e inesperado. Lo descubrirán los que hagan la ruta con él, hoy, en este nuevo libro.

El autor parte de una premisa que muchos escritores han desatendido a la hora de relatar sus experiencias literarias: la de que nadie está por encima de la crítica. Por ello, viaja a Oriente y a Occidente, al mundo árabe y al extranjero, diseccionando sus textos con el bisturí del experto, sin temor a la influencia que ejerzan los grandes nombres. Y así, lanza críticas a Naguib Mahfuz o a Adonis, de un modo que excluye la dependencia intelectual y artística, sin dejar de mostrar en ningún momento el gran respeto que siente por sus obras. No pretende ser querido ni temido, sino expresar sus convicciones intelectuales sin sentirse tutelado o censurado.

Como conoce a la perfección los entresijos de la vida literaria, Mohamed Chukri no considera que la crítica sea un postulado indiscutible. Por el contrario, es consciente de que tanto los grandes como los pequeños cometen graves errores. André Gide escribió en una ocasión un informe sobre la novela de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*, en el que insistía en que no era apta para ser publicada, valoración de la que se arrepentiría durante el resto de sus días. Por ese motivo, Chukri ha intentado penetrar en los textos y explicar, a través de ellos, su experiencia literaria y su comprensión de la función de la creación, libre de prejuicios, sin que ello signifique que evite las rivalidades personales que se dan en el ámbito literario. Por ejemplo, los que no vean la faceta turística en las novelas de Tahar Ben Jelloun discreparán de la evaluación que hace Chukri del papel de este escritor y de esa corriente literaria. Él no se adhiere a esta; más bien es partidario de deshacerse del papel de mediadores y embaucadores que en Occidente triunfan gracias al color local de ese estilo folclórico.

En algunas ocasiones, Chukri ha sido definido como autor de una única obra que repite bajo diferentes títulos. Las similitudes existentes en el ambiente de *El pan a secas* y *Tiempo de errores* son

el origen de esa afirmación inexacta, en la que no se tiene en cuenta su libro *Paul Bowles, el recluso de Tánger* o su viaje espiritual con *Jean Genet en Tánger* y su insuperable precisión artística en el trazado de los personajes de *Zoco Chico*. Si esos ejemplos no convencen a los que sostienen esa opinión, este nuevo libro, *La seducción del mirlo blanco*, brindará a los que no quieran leer otra vez sobre una infancia miserable entre Tetuán y Larache una original faceta de este escritor complejo y polifacético.

El título de la obra tiene una historia que el autor compartió conmigo de forma inesperada cuando aún él no se lo había dado y me la envió, concediéndome en nombre de nuestra amistad la libertad de elegirlo yo y de escribir el prólogo. No me ha preocupado tanto este como el título, sabiendo que si no se ciñe como un brazalete alrededor de la muñeca, y no aparece de forma adecuada en la cubierta, con la misma confianza que la de un bebé saciado de leche y ternura en el regazo de su madre, el resplandor del libro disminuye; eso si no confunde al lector apresurado y le impide ver con claridad algunos contenidos de una obra sólida y diversa.

En medio de un mar de perplejidad que va y viene, a través de decenas de ideas que se entrecrocan sin rumbo fijo, como los coches de una ciudad

carente de semáforos, y entre nombres que brillan y luego se apagan como fuegos artificiales, he recordado que los amigos de Mohamed Chukri, en su infancia, le pusieron el nombre de Mirlo Negro. Ese apodo no le agradaba, ya que reflejaba realmente su vida entre las cenizas de las chimeneas, el humo de los coches y el polvo de las azoteas donde dormía, abandonado y perseguido por el color negro que cubría su rostro con esas capas densas de tizne y polvo.

En esa etapa, precisamente, el niño que había entendido el peligro del racismo lingüístico soñaba con convertirse en un mirlo blanco y volar lejos de esa condición social donde las circunstancias lo habían encarcelado. Muchas seducciones lo tentaron. Algunas las consumió, otras las abandonó o intercambió, para encontrarse, ahora, en una edad madura, tranquilo y acompañado solo por su perro en su hogar tangerino, consciente de que la escritura y la lectura son las dos seducciones centrales cuya llama no ha apagado el tiempo y cuya desbordante magia no han minimizado los días.

Las mujeres que amó se fueron lejos, algunos de sus amigos lo traicionaron o fallecieron; otros lo atacaron de frente o por la espalda, y desaparecieron. El mundo ha cambiado, igual que las personas.

Permanece la seducción de la literatura que se apoderó del Mirlo Negro siendo un niño, y arraigó en la mente y en el corazón del escritor, cuya experiencia consideraron algunos como algo fácil, tildándola incluso de enana. Ahora está revelando en sus nuevas obras una profundidad que raramente hallamos entre los literatos árabes contemporáneos, con un oficio que merece ser comparado al de Virginia Woolf, quien, a su vez, comparó lo que se siente al leer a Joseph Conrad con la leyenda de la reina de la belleza, Helena de Troya, cuando esta dio unos pasos, se giró y se contempló larga y detenidamente en un espejo, y se dio cuenta, en uno de esos momentos únicos e inspirados, que ella no sería nunca fea, ocurriera lo que ocurriera. Así es el estilo de Mohamed Chukri, que se acerca con cariño al idioma, al igual que los enamorados, y caza sus presas como las aves rapaces; y, sobre todo, posee el amor y la osadía para dar forma a palabras nuevas que a nadie se le hubieran ocurrido, como el término que inventa para nombrar el limbo.

Gracias a que estudió, Chukri se convirtió en un mirlo blanco, huyendo del mundo de los matones y ladronzuelos de la calle, de las mujeres del amor y de los delincuentes hacia un mundo nuevo, limpio, ambicioso y noble. Hoy es consciente

de que no puede ayudar a todos con los que ha convivido o a los que ha frecuentado en el Zoco Chico en Tánger. Sin embargo, a través de su dura experiencia, expresada con maestría, está guiando a sus antiguos amigos y a los perdidos en las ciudades del mundo por el camino de la salvación y de la posibilidad de triunfar sobre la fealdad del ser humano. Y ello gracias a la cultura que le ha permitido fabricarse unas alas y volar hacia otros ámbitos diferentes de aquel en el que estaba inmerso, el de su infancia atormentada. El mirlo tangerino no cayó en el mismo error que Ícaro, cuyas alas de cera se derritieron con el primer rayo de sol. Chukri sigue conservando la elegancia de volar y agitar sus alas, hechas con el oro del aprendizaje, y con las que ha llegado alto para guiar al resto de los mirlos hacia los hitos de los caminos de la liberación.

Muhydin Lazikani

Londres, 27-11-1997